



EXPURGANDO, QUE ES GERUNDIO

Expurgo es una palabra cuyo significado conoce cualquier bibliotecario o bibliotecaria que ande entre libros desfasados, obsoletos o en mal estado. Pero, igual que el tiempo pasa por los libros, también lo hace por las personas, incluidas las bibliotecarias... ¿Cómo se manifiesta ese deterioro? ¿Sólo físicamente o también en el carácter? ¿Se puede poner solución acudiendo a expertos que, además, son usuarios de nuestra biblioteca? Las casualidades existen...

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal... llevo días expurgando como una loca: unos por obsolescencia, otros por falta de préstamo o interés y aquellos por mal estado. Y tanto expurgar me está rayando un poco. No por la mecánica de poner el sello de "EXPURGADO" y quitar tejuelos y demás señas de identidad, sino porque, inevitablemente, establezco una comparativa entre los libros y mi vida. Es como si con cada libro que expurgo, se me fuera una parte de ella. Y constatará, además, que aquella bibliotecaria jovencita, cual libro en la estantería de novedades, que movía la mirada del usuario, se ha vuelto, con el paso del tiempo, transparente, indiferente, decrepita, obsoleta, falta de interés. Vamos que, igual que un libro viejo y mal conservado, ya no existo a la vista de los demás. He desaparecido. Primero fui la novedad, la señorita bibliotecaria, la novia. Luego pasé a ser un clásico, la señora bibliotecaria y la señora de (de mi *espeso*). Y ahora sólo soy una bibliotecaria referencista (también en casa: "¿dónde está esto, dónde está lo otro...?"). Y, cuando menos me lo espere, la vieja bibliotecaria será expurgada. Y mi *espeso* me dará la patada por una veinteañera ilo veo venir! Así que tendré que poner todos los medios a mi alcance para que esto no suceda. Prefiero ser un libro perdido o robado, es decir, morir joven y guapa, como Marilyn, y convertirme en un mito, en un icono de juventud y belleza, en un símbolo sexual... que acabar siendo carne de expurgo, o sea, morir a los noventa y pasar a los anales de la historia como una bibliotecaria de leyenda. Continúo expurgando mientras pienso en cómo resolver este desasosiego vital y llenar este vacío espiritual, además de con bocadillos de panceta y pimientos verdes fritos. Voy tachando en mi agenda: no me sirve ir de *shopping*, que sólo me alivia el bolsillo. El *footing* me agota físicamente. La lectura, mentalmente. Y mi *espeso*, soberanamente. ¡Menuda crisis existencial!

Hago una pausa, cojo el neceser de la Señorita Pepis, pero con cosmética *made in China* (el sueldo no me da para Dior) y me meto en el baño. Salgo como Karmele Marchante, hecha un florero. Acto seguido entro en la sala y el usuario que está en el mostrador me mira de arriba abajo, haciéndome el mismo chequeo que hace el escáner cuando radiografía la cubierta de un libro. Me vengo arriba. Continúo con paso firme y decidido. Pero ahora me pongo comercial. O, lo que es lo mismo, contoneando las caderas... que ya

se me había olvidado lo que es ser el centro de todas las miradas. Y mientras pienso que no estoy tan mal, que me mantengo en mercado, que no sufro riesgo de expurgo, que soy madurita pero resultona, oigo que el susodicho se acerca a mi compañero y le susurra al oído: "¿Está embarazada?" (No grito porque estamos en una biblioteca). En esto que mi compi le contesta: "¡Qué va, es que ha engordado!" (No le pego porque está mal visto). Y, por si fuera poco... Por si se diera el caso de que el comentario me ha pasado desapercibido... Por si no lo hubiera oído bien... mi compañero va y me lo casca (Grito aunque estemos en una biblioteca, les pego aunque esté mal visto y todos los usuarios me miran, y no por guapa y joven precisamente). A punto he estado de decirles, sólo por llevarles la contraria... bueno y, en el fondo, por no parecer tan gorda: "Pues, sí: estoy embarazada". Me meto en el despacho y lloro, lloro desconsoladamente, al tiempo que pienso que si me dan por embarazada es porque no resulto tan vieja. Y que si estuviera embarazada, mis kilos de más pasarían desapercibidos. O no. No lo sé. Empanada mental. Llego a casa.

–Cari –le digo a mi *espeso*, en plan zalamera– estoy pensando en hacerme algunos retoquitos.

–Mmmm" –me dice él sin despegar la mirada del ordenador.

–No sé si probar con una dieta *détox*... (voy subiendo la intensidad): hacerme una faja a medida... (para, al final, jugármela a todo o nada), o ponerme una banda gástrica –le suelto a bocajarro.

–¿Por qué no te prestas para que hagan contigo un ensayo en cirugía de materia gris?" –me pregunta irónicamente.

–Es que me veo vieja y gorda –le digo entre lágrimas.

–Claro, hija, los años no pasan en balde" –me dice el tío, en vez de "para mí estás de muy buen ver, cariño". "Además, es un riesgo innecesario –añade. –¡Pues o me opero o me quedo embarazada! –le contesto a jaque-mate (sabe que cuando se me antoja algo, lo consigo).

–¡Me arriesgo, me arriesgo! –me dice el muy cobarde, como si se tratara de una apuesta. Claro, se niega a ser padre de nuevo porque no quiere pagar la educación de otra criaturita cuando

aún le asalta la duda de saber si las niñas son tuyas o no. Suerte la mía de tener unas hijas que no se parecen a él, que son altas y delgadas como su madre... (canturreo) imorená, saladá! Mucha matemática pero esta incógnita no la despejará en su vida. ¡Anda y que se deje los cuernos (nunca mejor dicho) en resolverla!... que yo ime opero!

Me meto en la cama, toda contenta, pensando de qué me voy a operar: ¿del estómago para lucir tipo? ¿...del pecho para enseñar canalillo? ¿...de los juanetes, que me deforman los zapatos? ¿...o de esa coliflor, barra alcachofa, barra ramillete de capullitos que me hace sufrirlas en silencio? Le doy un beso de buenas noches a mi *espeso* y éste me contesta con un "¡Au, me has pinchado!". Siempre tiene que fastidiarla.

De vuelta al trabajo, mis compañeros debaten sobre qué libros expurgar para hacer sitio y meter más novedades.

–¿Te parece que expurguemos *Cuando a tu vecino veas las barbas cortar, pon las tuyas a remojar*? –me preguntan, no sé si porque estos ven en mi cara lo mismo que mi *espeso* sintió ayer sobre la suya o porque me están avisando de que la próxima en ser expurgada, voy a ser yo.
–No, mejor expurgad *Ande yo caliente, ríase la gente* –les contesto con acritud, por si acaso.

Y por si acaso, entro al despacho y llamo al centro de belleza de enfrente para pedir cita y que me dejen como nueva. Voy a la sala y me meto en el mostrador para ayudar a mi compañero con los usuarios. Está el mismo que ayer preguntó si estaba embarazada y con el que tuve más que palabras.

–¿Qué se te ofrece? –le pregunta mi compañero, al tiempo que yo, aún dolido por lo de ayer, me digo: "Eso, a ver qué se le ofrece hoy al señor."
–Quería llevarme en préstamo este libro de tatuajes –comenta.
–¡Uy, lo siento, éste libro no se presta!"
–le digo para resarcirme de lo de ayer.
–¿Y por qué no se presta? –replica mi compañero.
(Yo, abriendo el libro al azar y rompiendo una de sus hojas de arriba abajo):
–¿Lo ves? ¡Qué lástima, está roto! –sentencio, al tiempo que le pongo el sello de EXPURGADO.
–¡Vaya! –exclama.



–¿Desea algo más? –le pregunta mi compañero.

–Bueno, también tengo que hacer una consulta a la Espasa" –añade el usuario.

(Yo, que oigo lo que no es):

–Déjame a mí –le digo a mi compañero, desplazándole a un lado. "A ver si tienes narices, bonito, de decírmelo a la cara" –le digo en modo macarra.

(Mi compañero, mediando para que tengamos la fiesta en paz):

–Pero que te diga qué, mujer. Anda, ya atiendo yo su consulta. Dígame usted.

(El usuario, sin perder la compostura):

–Yo sólo quiero hacer una consulta a la Espasa –insiste.

(Yo, encendida):

–Ya lo has oído, compañero, no discutamos que la *espesa* soy yo –le digo para despejar cualquier tipo de duda. "Aquí me tienes, guapo".

(Mi compañero):

–Pero si a lo que se refiere es a... –me dice tratando de aclarar la situación.

–¡A unas narices, se refiere! –le interpele. A ver, dígame, ¿cuál es su consulta, caballero?.

(El usuario):

–Quería saber la etimología del término Beso –pregunta.

(Yo, en toriles):

–¿Obeso...u obesa? Digo, por aquello de hablar con propiedad, ¿no? –cuestiono con acritud.

(Mi compañero con el tomo B de la enciclopedia Espasa en la mano):



-Beso. Del latín Basium. Dícese de la *caricia que se da con los labios u otras partes de la boca para saludar o como señal de afecto o pasión.*

(el usuario):

-Gracias, eso es todo, muy amable -se despide.

Después del barullo, mi compañero y yo nos hemos quedado solos en la sala. Coge la Espasa, me la pone sobre las manos y me dice: "Esto es la Espasa y tú no eres ni estás *espesa*". Ahora me pone las manos sobre su barriga y me dice: "Esto es obeso". Y acercándose a mí, me aclara: "Y esto es un beso", plantándome un pico. ¡Madre mía! Empiezan a temblarme las canillas. No doy crédito. Me ha besado y, encima, no se ha quejado de que mi bigote pinche. Salgo de la sala sin echar la vista atrás, sintiendo mariposas en el estómago y pellizcándome para ver si no estoy soñando. Suena el móvil. Es mi *espeso*. ¡Paso! No quiero que se me amargue este dulce momento.

Mediodía. Tengo cita para que me hagan el bigote. Aunque ahora sé que no pincho. Entro en el salón de belleza. "¿Qué se va a hacer?" -me preguntan. "Pues, mire, tenía cita para un bigote. Quiero decir, para el bigote, o sea, para mi bigote. Pero si puede ser, como la

vida da muchas vueltas y nunca se sabe...Y por si hay que morir, yo con las botas puestas... genio y figura, sobre todo figura... En fin, cosas mías. "Quiero un servicio completo -le contesto con decisión. Manicura, pedicura, peluquería y peletería. Integral (esto se lo digo bajito)". "¿Ingles brasileñas también?" No sé lo que es, pero suena bien. "Bueno, según lo veas". Me peinan y me ponen uñas postizas hasta en los pies. "Ahora pase al gabinete y cuando se haya desnudado llame al timbre". Me despeloto y llamo al timbre. "¿Se puede?" -me dice una voz varonil. Vaya, no me habían dicho que me iba a depilar un hombre. Está claro, hoy es mi día de suerte. "Así que un servicio completo, ¿verdad? Cierre los ojos y relájese". He estado a punto de decirle que los cerrara él. Pero, claro, no es plan. Claudico. Cierro los ojos y cuando me ha extendido la cera -que, por cierto, está hirviendo- hasta por las orejas, abro medio ojo y veo que el esteticista es el usuario del expurgo, el de la Espasa y el mismo al que le dediqué una publicación en la que no salía muy bien parado. Si lo sé, en vez de depilarme, me voy a una peluquería africana a que me hagan rastas. Sin tiempo de reacción, pellizca la cera, y mientras tira de ella con todas sus fuerzas, grito como si me estuvieran despellejando viva. A continuación pasa sus manos por mis cervicales mientras

comenta que me nota tensa. Y seguidamente añade: "Y ahora, si quieres, te hago un masaje. Invita la casa". Antes de que me eche las manos al cuello y morir, sin bigote, pero tristemente, sobre una camilla, me levanto. Y colorada, por la abrasión y porque estoy como Dios me trajo al mundo, le extiendo mi mano y le digo: "Bueno, ojo por ojo, diente por diente". Me ofrece la suya y me dice: "Empate técnico. ¡Ah, y ya te estás buscando otro personaje para tus articulitos!".

–Palabrita del niño Jesús –le digo. Por cierto, si sigues interesado en el libro de los *tattoos*, te lo regalo. Como está expurgado... Para que veas que no soy rencorosa –le digo, tratando de echar pelillos (nunca mejor dicho) a la mar. –Pues, mira, como yo tampoco lo soy, mejor quédatelo tú y elige un dibujo, que yo te lo tatúo... y gratis –me dice, tratando de compensarme por las quemaduras de tercer grado a las que ha sometido mi delicada piel.

Vuelvo a la biblioteca. Me cruzo con mi compañero y se sonroja como un adolescente imberbe. Le digo: "Mira, lo de ayer estuvo bien. Pero, no te rayes, mejor vamos a olvidarlo". Le he dejado hecho polvo. Recupero del contenedor de expurgados el libro de los *tattoos* y lo hojeo. De vuelta a casa, nada más entrar, mi *espeso* me recibe con un: "¡Hombre, si te has quitado el bigote!". A lo que le he contestado: "Sí, me lo he quitado. Y con él, un montón de prejuicios. ¿Y sabes lo que te digo? Que ya no me voy a operar. O, mejor dicho, sí, me voy a operar pero de la vista, para ver si me fijo mejor en lo que elijo. Y para celebrar esta nueva etapa de mi vida, voy a hacerme un tatuaje. "¿Un tatuaje? ¿Pero no será en forma de bigote?" –pregunta entre risas. "No. Voy a hacerme un corazón con una flecha y que diga Súper Love Antonio" –le contesto. "Pero es que yo no me llamo Antonio" –me aclara el muy idiota. "¡Ya! ¿Y?" –le contesto, dejando la pregunta en el aire. Me mira, le miro y guarda silencio.

De nuevo en la biblioteca. Continúo con el préstamo de documentos al tiempo que expurgo otros y hojeo el libro de los *tattoos*. Recorto algunos dibujos: una boca sensual,



una leyenda que dice "Amor de hombre", un corazón que pone Antonio, como el que Melanie le dedicó a Banderas... y me los guardo en el bolsillo. "¡Vaya, no estoy a lo que tenía que estar y he puesto EXPURGADO donde tenía que haber puesto la fecha de devolución!". Arranco la hoja de préstamo a la que le he puesto el sello equivocado y me la meto en el bolsillo también. A la salida me dirijo hacia el centro de belleza de nuevo.

–Adelante ¿Tienes claro ya el dibujo? –me pregunta mi usuario-amigo.
–Clarísimo –le contesto al tiempo que saco de mi bolsillo el dibujo y se lo doy.

Lo observa con detenimiento, me mira y me pregunta: "¿Estás segura de que quieres grabar a fuego esto y no otra cosa?". Y yo, con una claridad meridiana impropia en mí, le cuestiono: "¿Acaso no te parece adecuado?". "¡Pues no se hable más!" – me dice. De vuelta a casa, observo que en el bolsillo de mi pantalón hay un papelito con el diseño que creí haberle dado como modelo para el *tattoo*. Grito y grito para que mi *espeso* venga a resolver mis dudas: "¡Dime que, en donde mi espalda pierde su nombre, pone FOREVER YOUNG!". "Pues en portada yo sólo leo EXPURGADO". ▴